

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIAÍSTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discipulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

El banquete de Simón

Pasó algún tiempo y Gamaliel seguía con la honda preocupación de saber todo lo que se relacionaba con el ya reconocido como Maestro, Jesús de Nazaret.

Cada día era mayor la influencia del nuevo profeta sobre las gentes, y cada día también eran más estupendos y extraordinarios los milagros y las palabras, que eran comentadas con gran apasionamiento en todas partes.

Cierto día, Simón, el rico fariseo, invitó a comer a su casa a varios amigos, entre los cuales había sido invitado también el sabio doctor de la Ley, Gamaliel. Entre los otros comensales, varios extranjeros, desconocidos para algunos, compartían también la amena y culta charla de los sabios personajes amigos del viejo Simón.

Habían comenzado los actos preparatorios del banquete, se bendecía el vino, se lavaban las manos según costumbre establecida, se llenaban las copas y recitaban algunos en voz alta para ser oídos de todos, plegarias de bendición recitando versículos alusivos al acto que iba a comenzar.

No habían aún expirado en los labios, las últimas palabras de la oración, cuando entraron tres nuevos huéspedes. El rostro de Simón se iluminó de súbita alegría; salióles al encuentro, saludándoles con oficiosa amabilidad, pero sin darles el abrazo de bienvenida. Les señaló a quien parecía su jefe, el asiento que correspondía frente al que ocupaba Gamaliel, el cual no pudo darse cuenta de los comentarios que se produjeron en toda la sala con motivo de la llegada de los tres forasteros, entusiasmado en discusiones sobre las Escrituras con el venerable anciano Joiadas. Pero al cabo de un rato notó Gamaliel que Joiadas no le atendía. Como extraviado en uno de aquellos ensueños que le eran familiares, el anciano no apartaba un punto su mirada del rostro angélico y jovial del que, momentos antes, había entrado, Gamaliel siguió aquella mirada pensativa:

—Y ¿quien es este joven?, preguntó

en voz baja, sobrecoigido también de cierta simpatía instintiva.

Joiadas permaneció silencioso un instante, como absorto por un recuerdo lejano y placentero.

—Es un extranjero, dijo al fin pausadamente; recuerdo haberlo visto y no sé donde... Pero poco importa. «El huésped desconocido, resulta con frecuencia un enviado de Dios».

Mientras tanto iban sirviéndose los platos según el orden acostumbrado. A los magníficos y finos pescados del lago, seguían la caza del país y las viandas ligeras, y los convidados mojaban su pan uno tras otro, en las salsas exquisitas recibiendo sus viandas que comían con pulcritud extraordinaria. Todo el Código de etiqueta farisaica se observaba escrupulosamente.

Las conversaciones giraban sobre temas de elevada interpretación, de las Sagradas Escrituras. El joven Jochanan ben Zacchai discutía acaloradamente con Ismael sobre una cuestión capitalísima de purificación legal. Se trataba del siguiente caso: ¿Que satisfacción debería ofrecer aquel que, al subir al Templo, viera pasar junto a sí a una pecadora, a la distancia de tres pasos? Ismael opinaba que, era suficiente con sólo alejarse del Templo por aquel día. Jochanan afirmaba resueltamente que se requería un sacrificio expiatorio. Simón, el fariseo, dirigiéndose al joven extranjero, le rógó que resolviera aquella cuestión.

—«¿No habéis leído dijo él modestamente; Mas estimo la misericordia que el sacrificio?». Y vuelto a Jochanan, y aludiendo a la plegaria que momentos antes había recitado aparatosamente para ser visto de todos, continuó: ¿No leiste tu tampoco: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí?».

Una ráfaga de cólera encendió el rostro de Jochanan ben Zacchai, mientras Gamaliel se quedaba absorto contemplando la extraña persona del extranjero de cuyos labios habían salido palabras llenas de verdad y de ciencia,

Continuó el banquete y continuaron las discusiones sobre diversos temas. De pronto aparece en la sala una mujer, de sobra conocida de todos, envuelta en elegante túnica, semejando una estatua griega y sosteniendo en sus manos un vaso de alabastro. Abundante cabellera caía sobre sus hombros. Toda la ciudad conocía sus insolencias, por eso no les extrañó tampoco verla sin velo alguno, avanzar hacia la mesa de los convidados. Sin mirar a nadie y como absorta en su interior llega junto al extranjero que se hallaba recostado frente a Gamaliel. Tal vez pensaba hablarle de pié pero arrasados sus ojos en lágrimas y presa de convulsivos sollozos, cayó de rodillas ocultando su rostro pegado a los pies del Maestro, manifestándole su arrepentimiento, su profundo pesar y dejando correr su llanto imposible de contener mientras trataba de secar con sus trenzas de blonda cabellera los pies humedecidos del Profeta al contacto de sus lágrimas.

Un silencio sepulcral embargaba el ánimo de los demás convidados cuyas miradas reflejaban el estupor y el asombro.

No podía darse espectáculo más opuesto a sus ideas y costumbres. Aquel silencio terrible anunciaba por momentos el estallar de la tormenta. María de Magdalá con todo no se daba cuenta de nada y derramando la esencia contenida en el vaso de alabastro lavó sus pies en homenaje sincero de su dolorido corazón.

Jochanan quiso desquitarse de la derrota de que ha poco había sido objeto y comenzó a recitar en voz alta aquel pasaje del Eclesiastés: «Más vale la buena reputación, que los más preciosos perfumes». Los comentarios seguían aumentando y hasta los discípulos del Maestro, sobrecoigidos, no se atrevían a levantar los ojos.

La voz del extranjero resonó al fin en medio de aquel silencio aterrador

—Simón, dijo, quisiera hacerte una pregunta.

—Dí, Maestro.

—Cierta acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios el otro cincuenta. No teniendo ellos con que pagar, perdonó entrambos la deuda. ¿Cual de ellos, a tu parecer, le amará más?

—Hago juicio que aquel a quien se perdonó más, contestó desdeñosamente Simón.

—Has juzgado rectamente, replicó el Maestro. Y volviéndose a María de Magdalá, añadió: ¿Ves a ésta mujer? Yo entré en tu casa y no me has dado agua para que se lavaran mis piés: ella los ha lavado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tu no me has dado el ósculo de paz; pero ella desde que llegó no ha cesado de besar mis piés. Tu no has ungido con óleo perfumado mi cabeza; y ella ha derramado sobre mis piés sus perfumes.

Joiadas, con los ojos entornados, parecía estar escuchando las arpas de oro que rodean al Santo de los Santos.

Entonces el Maestro, dirigiéndose a aquella pobre mujer que permanecía anonadada a sus piés le dijo:

—Perdonados te son tus pecados; tu fe te ha salvado, vete en paz.

Un estremecimiento de estupor sobrecogió a todos los convidados. Nunca jamás habían resonado en sus oídos semejantes palabras. Se interrogaban unos a otros completamente desconcertados y olvidándose por un momento de su desdeñosa arrogancia, inquirían cual podría ser el sentido de aquellas palabras, que en labios humanos eran una enorme blasfemia. ¿Quién es éste, decían, que se atreve a perdonar los pecados?

Gamaliel, que durante toda la escena había estado pendiente de la mirada del joven extranjero, se quedó sorprendido al escuchar una frase tan atrevida en sus labios y desconcertado con todo lo que había visto y oído no pudo contener su curiosidad por más tiempo y dirigiéndose a Simón le preguntó:

—Pero al fin ¿quién es éste?
Simón el Fariseo le contestó.
Jesús de Nazaret.

R. M.

FE, ESPERANZA, CARIDAD

En orden de combate se disponen a salir del abrigado puerto las tres pequeñas barcas guerreras. Su enemigo es la vida. Su conquista, la Eternidad. Su campo de batalla, el proceloso mar de lo desconocido.

Las tres barcas guerreras, pequeñas como cascos de nueces, izan sus velas y avanzan en busca del enemigo. No lo esperan cobardes a la sombra del acantilado gris, ni esperanzadas al cobijo del abrigado puerto, ni al acecho traidor de un escondite. Abren las alas de sus velas y corren valientes en su busca, como las mariposas cuando salen a buscar las flores.

La primera barca, tiene su vela del transparente color del cristal, como la diafanidad de un alma limpia. La segunda luce en su vela el color verde de la hierba húmeda al beso del rocío matutano y como los ojos de la serpiente. La tercera, luce su vela roja como las amapolas del campo, como la sangre

hirviente en la herida y como el amor de Dios.

Cada barca va tripulada solamente por su Capitán. Y es el Capitán de la primera barca, empujada al beso del viento en la transparencia de su vela de cristal, un niño. Y conduce la segunda, movida por el aire que choca en el verde lienzo de su vela de ojos de serpiente, un joven. Y guía la dirección de la tercera, impulsada por el soplo del céfiro sobre el rojo velamen de sangre, un anciano.

Avanzan las tres como tres palomas que quisieran acorrallar al gavilán desafiador. Y a cierta distancia del puerto, una de ellas sigue caminando de frente; otra tuerce su ruta hacia la derecha, y la otra cambia su dirección hacia la izquierda. Estan las tres preparadas para el combate, y solo esperan que acuda a su cita de sangre el mortal enemigo.

Ya viene. En lontananza, en aquél punto en que el verde y la plata del mar se confunden con el oro y el azul del cielo, un punto negro denuncia la presencia del enemigo que se acerca. Por cada una de las tres barcas, presenta cara al mar, dos grandes embarcaciones de negras velas. Y aparte, una séptima nave, mayor que las otras, capitanea toda la escuadra. Son las naves de los Siete Pecados Capitales, y su nave capitana se llama «La Envidia».

Esparcidas las tres pequeñas barcas, esperan pacientes y valerosas la feroz embestida del poderoso enemigo. Pronto el fragor de la batalla hace con su ruido de truenos, imperceptible el clamor misterioso e interminable del alborotado mar. Y el olor del sudor y de la sangre mezclados en la pelea, borran el olor acre y penetrante de la mar salada. Y el resplandor de los fuegos y el humo de los incendios en que se abrasa la gran batalla, cubren el color radiante del sol y la espuma blanca de las olas.

El manto de la noche se cierne misterioso sobre la incierta pelea, y seguimos oyendo el estruendo de sus ruidos, y oliendo el amasijo de sudores y sangre, y la lumbre de sus ardientes piras ilumina las negras velas de un contendiente y la transparencia de cristal, la lona verde y el lienzo rojo.

La difícil lucha cada vez es más tenáz. Y llega el momento de suprema angustia en el que las tres barcas se ven acorraladas completamente por su poderoso enemigo.

Y clama a Dios el niño Capitán de la primera barca:—¡Señor! No veo la victoria que me prometes. La transparencia de esta vela que empuja mi barca al soplo del aire, no copia la preciosa visión de la victoria. Y Dios le contesta:—¡Ten fe! Como tú, un día fué Pedro a buscarme andando sobre las aguas; dudó y empezó a hundirse; creyó y llegó a mí. Ten fe.

Y el joven Capitán de la segunda barca, clamó a Dios y decía:—¡Señor! Si llega la mañana venceremos. Creo en la victoria porque Tú nos la prometiste si persevero, pero mis fuerzas

flaquean y voy a sucumbir. Y le respondió el Señor:—¡Ten Esperanza! Un día, el Buen Ladrón, a mi diestra crucificado, tuvo esperanza en Mí, que era un reo, y alcanzó la Gloria. Ten Esperanza.

Y el anciano Capitán de la tercera barca, miraba a Dios y le decía:—¡Señor! Creo en Ti y en Ti espero. Por eso confío en la victoria que me prometiste. Pero el lastre de riquezas que cogí al enemigo, va a hacer zozobrar mi embarcación y no podré vivir para disfrutarlas. Y el Señor contestó:—¡Ten Caridad! Un día fuí Yo el que bajé al mundo a repartir mis riquezas, y al dejarlas colgadas en una cruz, conquisté la Gloria para los hombres. Ten Caridad.

Al lucir los dorados rayos de la aurora, las tres barcas victoriosas lucían el esplendor de sus velas al dirigirse al puerto. Y de pronto, impulsadas por el secreto movimiento de las aguas tranquilas, embisten con furia unas contra otras, mas no se deshacen: se funden en una sola carabela que luce sobre sus tres palos veleros el diáfano y transparente cristal de su primera vela, y el verde húmedo de la segunda y en el último, el brillante rojo de la tercera.

Dentro, un solo tripulante: un hombre, y en él, las tres Virtudes Teológicas que alimentan a su alma: La Fe, transparente como el cristal y diáfana como un alma limpia, que le da la grandiosidad del niño. La Esperanza, verde como la fruta que va a madurar, que le da la fortaleza del joven. La Caridad, roja como el amor de Dios, que le da la espléndidez del anciano que todo lo abandona y reparte porque se va al Padre.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

CRISIS DE CANDELERA

Al M. I. Sr. D. Eduardo Grossi

Por las gradas del Templo
sube Santa María,
y lleva una candela
en su mano encendida.

—Señora, una zagala
le pregunta aturdida:
¿Por qué llevas Tú luces
si luces Tú más viva?

—Doncella un galán dice
atónito a su vista:
¿Por qué apaga su llama
la luz de tus pupilas?

—Reina, dice una dama
humilde, aunque es altiva:
¿Por qué enciendes candelas
si Tú alumbras el día?

Y un caballero,—Dama,
dice rendido: Anima
más su fuego si quieres
que arda como Tú misma.

—Zagala, galán, dama,
caballero, encendida
mi candela, es el faro
que hasta el Edén os guía.

Hermenegildo RODRIGUEZ
Gijón, febrero de 1946

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Nada podemos saber concretamente, respecto a la época en que el padre de Jesús de Nazaret hubo de abandonar este mundo.

La fecha de su muerte nos es desconocida; pero bien puede asegurarse que San José había muerto cuando ya Jesús había llegado a la edad en que podía ayudar con su trabajo el honrado vivir de la familia sagrada. Y quedó dueño del taller, sujeto a ganar con su sudor el propio sustento y el de su Madre.

No abandona a su madre en ningún momento. Comienza su vida pública y el hijo y la madre caminan juntos hasta el Calvario, para ofrecer el hijo el holocausto de su vida por amor mientras la madre ofrece también el corazón que siete puñales de dolor destrozan despiadadamente.

Sin dejar un momento de cumplir su Altísima misión, Jesús de Nazaret, rinde de continuo el homenaje de amor y consideración para quien había sido su madre.

En el Calvario, Jesús, que comprende el corazón de una madre, le señala la misión de ser madre de su discípulo amado, representando en él a todo el género humano.

He ahí dos amores que no son fácilmente comprendidos en la vida del mundo real. El hijo ama a su madre, pero no comprenderá nunca el amor de quien le dió el ser.

La madre siente hacia el hijo un amor que no cabe dentro del concepto de amor humano. Su amor es idolatría, es pasión, es sobrehumano, pues quien está dispuesta a dar la vida en todo momento por la del hijo, no podemos considerar simplemente como cariño más o menos grande esta faceta del amor. Las circunstancias son distintas, la madre siente extraordinariamente el dolor de los hijos, sufre extraordinariamente también con su desvío y quisiera tenerlos siempre muy cerca de sí para ensimismarse en su contemplación constante y disfrutar de continuo de su presencia.

El hijo no comprende ese amor, ni lo llega a comprender nunca. Adivina algo de ese misterio cuando llega a la paternidad y también él contempla en sus brazos al hijo que Dios le ha concedido por medio de la esposa. Es entonces cuando su inteligencia vislumbra el milagro de la maternidad y comprende lo que hasta entonces no había logrado comprender, pero jamás podrá llegar a toda la intensidad del amor de la madre. Ese milagro de la concepción que Dios otorgó a la mujer nos hace admirarla y contemplar en ella como un elemento de que se vale el creador para hacer de continuo demostración extraordinaria de su poder. Por eso la mujer siente excesivamente el amor hacia el ser creado por ella en sus entrañas sin que nosotros podamos nunca ahondar en este misterioso amor de la madre para con su hijo.

Solo Dios mismo ha comprendido bien la grandeza del cariño materno y quiso

que María le acompañase hasta el último momento, dando con ello una demostración de que la debilidad femenina está sostenida por el amor y aunque siete espadas de dolor taladren su corazón, aún se sostiene en pie muy cerca del hijo que sufre y agoniza en la cruz, o a la cabecera de la cuna contempla dolorida los sufrimientos del hijo que le lleva Dios.

Amor extraordinario el de la madre, que el hijo no comprenderá jamás, pero que debe de adivinar al contemplar en sus ojos el cariño que no podrá encontrar nunca, en corazón humano.

Jesús de Nazaret, en su infancia y más tarde hasta su muerte, quiso destacar en todo momento la consideración y cariño de que es merecedora una madre, por eso quiso que fuese ella y no José quien le acompañase en su vida hasta el cumplimiento de su misión redentora.

R.

LA UNICA VERDAD QUE UNE A LOS HOMBRES

De vez en cuando aparece en la prensa la referencia de alguna pastoral colectiva. Unas veces son prelados europeos, otras americanos. La última ha sido la de los ingleses y escoceses, Todos estos documentos coinciden entre sí, y coinciden, claro es, con los emanados de la autoridad del Pontífice.

No ocurre lo mismo cuando se trata de documentos de los hombres de Estado, cada uno de los cuales apunta un criterio o expone una teoría que, en definitiva, viene sólo a servir intereses parciales de tal o cual Estado.

De todo ello se desprende que hay dos direcciones y que éstas son dispares. Una es aquella que se inspira en principios de verdadera justicia, en conceptos sólidos e inmutables que atañen a la dignidad de la persona y a la felicidad de las naciones. Esta es la dirección que imprime la Iglesia, cuya catolicidad se evidencia en la coincidencia de todos los obispos del orbe, sea cual sea su nacionalidad y sea cual sea la postura de sus respectivas naciones. En esta coincidencia internacional e intercontinental debieran ver los gobernantes que hay algo que está por encima de los intereses materiales y sobre los anhelos de predominio temporal o terreno.

Hoy no se ofrecen al futuro del mundo sino la verdad incommovible de la doctrina católica o la babel dispensadora y originadora de futuros conflictos, ya que, salvo la verdad de Roma, en la que están de acuerdo las gentes más dispares por su origen y por su posición histórica no se le ofrece al mundo una solución, sino una serie de soluciones imperfectas, cada una de las cuales lleva el germen de futuros conflictos.

Por ello, si de verdad se aspira a cerrar definitivamente esta etapa tristísima, habrá de volver el mundo los ojos al Vaticano, cuya luz es la única que puede alumbrarle y disipar las espesas tinieblas del error que ha engendrado tan grave mal y tan horrendo estrago como el de la guerra.

De la vida ciudadana

CONSEJOS

¡Qué fácilmente dejamos en plena libertad nuestros impetuosos impulsos! El genio, en algunos hombres, es algo incontrolable. Con facilidad extraordinaria dan satisfacción a su carácter más o menos violento y las palabras ofensivas, a los gritos más o menos elevados, sustituyen sus argumentos, cuando los creen agotados ya, en las pequeñas discusiones diarias.

El fútbol, las cuestiones del trabajo, las apreciaciones personales, muchas veces erróneas, o cualquier distinta opinión en desacuerdo con los demás, dan lugar a sacar a relucir cosas olvidadas, palabras malsonantes o enfados inoportunos. Algunas veces es la discusión baladí sobre cualquier tema más o menos técnico, que muchas veces desconocen, cuando no es otras, la profunda discusión teológica que a pesar de ignorarla por completo no es obstáculo para opinar sobre la materia.

El carácter, es preciso saber dominarlo y controlar todos sus momentos, unas veces por respeto, otras por educación, pero siempre porque es algo de muy mal gusto la irascibilidad frecuente que hace desagradable el trato con los demás.

¿No os ocurre casi siempre, que después de haber dejado el genio en plena libertad de acción, el remordimiento castiga cruelmente vuestra incorrecta actitud?

J. M.

Los niños y los locos se imaginan que veinte pesetas y veinte años no se acaban nunca.—X.

EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA HOMBRES EN LOYOLA

La Asociación de los Hombres de Acción Católica de Gijón, organiza una tanda de Ejercicios Espirituales para hombres, en retiro, en el Santuario de Loyola, provincia de Guipúzcoa, que habrán de tener lugar, Dios mediante, del 18 al 24 del próximo mes de marzo.

Para toda suerte de detalles, inscripción, condiciones de viaje, estancia, etc., diríjense al señor Secretario de la Asociación de Hombres de Acción Católica de Gijón, Plaza del Monte de Piedad, 2, 3.º derecha. Teléfono 3474. Horas de oficina, de seis a ocho de la tarde.

Quien no sabe perdonar, no sabe amar, pues la amistad vive y se sustenta de la tolerancia y el perdón recíprocos.—X.

COMENTANDO

LOS CABALES

Este mundo, según el criterio general de todos los que en él se mueven y viven, más o menos a lo hombre, es un perfecto manicomio, si es que se puede dar la perfección en esta clase de establecimientos. Pero lo más extraordinariamente raro del caso, es que, cada cual, creyéndose cuerdo por excelencia y por excepción, se ríe y comenta la locura de los demás. Y este comentario, y esta risa dedicada amorosamente de unos a otros, es, precisamente, una señal de demencia como otra cualquiera.

Y en la locura, hay agrupaciones y partidos como en la política. Unos gozan con la locura del atolondramiento y de la vorágine. Otros, con la de las especulaciones peligrosas y sombrías. Otros, con la del aislamiento absoluto. Otros, con la más útil de la ociosidad, viviendo de los que sienten la locura del trabajo. Algunos, se dedican incansablemente al estudio, y los más, se pasan el tiempo en velocidades extrañas, en movimientos continuos, en no parar, aparentando actividad en todo aquello que al fin y a la postre, no deja de ser sólo humo.

La misma velocidad de la vida, se imprime a todo lo que nos rodea, y aviones, trenes y coches, y submarinos, andan a la trágala de ver quién corre más. Y siempre corre más la fantasía de los hombres, en su ambición de dominar a los elementos. Nos parecen locos todos aquellos que nos hablan de velocidades como la del sonido, y lo son efectivamente, pero también lo son los que ponen en duda esas asevera-

ciones que evidentemente han de ser, no tardando, una realidad.

La vida corre, y el hombre loco, se agota. Comprendo todas las locuras que llevan por delante el sello de la ciencia, del conocimiento de la dignidad. Pero hay una locura, de la que protesto, que según el grado a que ha llegado, no deja de ser antinatural. La de los deportes. Que se conozcan los nombres de todos los sabios habidos y por haber; de todos los hombres que aportaron algo que acuse un bienestar o un beneficio a la humanidad, es digno, es honrado y es natural. Pero que se ignoren estos hombres gloriosos, que se los desprecie, que no se les dé importancia, ni tan siquiera por agradecimiento, y que se conozcan los nombres de los deportistas, que no sirven para nada útil, que se los encumbre como a los antiguos héroes y se les adore como a los antiguos dioses; que se discuta de ellos, que se apasionen por ellos y que se les pague a peso de oro una labor que para nada vale, contra toda idea del trabajo, y como si un insulto fuese a la pobreza, eso es indigno, diga lo que diga y quien lo diga. Quien se vende, no es hombre, y quien compra a un hombre, no merece serlo, tampoco.

Pocos hombres hay que hoy no sientan esta que es la peor locura del siglo. Hasta tal punto estoy convencido de esta idea, que aseguro que no hay ningún hombre normal que pueda sentir esa inclinación

antinatural y exacerbada hacia el deporte, con abandono de la ciencia, de la filosofía, de la religión, de las artes, etc., cosas que no están reñidas ni mucho menos con el deporte.

Pocos normales hay. Yo solamente conozco diez o doce que, conmigo, forman una peña de café.

HERO

Jeroglífico N.º 24, por Kinito

- FE - FI - FO -

¿Qué dijo tu abuelita?



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
(Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

CESAR A. PRIETO
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - T.º 3115
GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRESTAMOS A INTERÉS MODICO